

## TECNICA Y HUMANISMO

Al abordar estos dos conceptos se ponen en evidencia dos tipos de problemas. El primero: el más rápido desarrollo del conocimiento que afecta a la Naturaleza con respecto al desarrollo del conocimiento que afecta a la actividad del hombre en la vida del conjunto. El segundo: como consecuencia de este desequilibrio, defensa, salvaguardia de la persona humana.

1. La Humanidad se encuentra ya en el vigésimo cuarto año de la era que se ha dado en llamar «atómica», precisamente desde que el 2 de diciembre de 1942, en un laboratorio de la Universidad de Chicago, funcionó la primera pila atómica, a cuya realización había contribuido, con la fuerza de su propio ingenio, Enrico Fermi. La posibilidad de reacciones en cadena en el uranio permitía investigaciones sucesivas y abría la vía al progreso que la física nuclear ha registrado en estos últimos años. Aquel experimento hizo posible la fabricación de la bomba atómica, de la bomba termonuclear, la producción de radio-isótopos, la producción de electricidad como consecuencia de la fisión nuclear. Y constituyó no tanto el descubrimiento de una gigantesca corriente de fuerza motriz, cuanto una coincidencia providencial. Pues la Humanidad comenzaba ya a dudar de que la tierra pudiese albergar reservas de fuerza motriz capaces de afrontar las necesidades de una producción en constante aumento. Hoy los avances rapidísimos de la ciencia nuclear permitirán detener en fecha próxima el momento en que el proceso de fisión nuclear —considerado como el mayor descubrimiento de nuestros tiempos— se manifieste ampliamente superado por un proceso de producción de energía inmediato a la «fisión termonuclear». El día en que sea posible el empleo corriente del hidrógeno —por ahora solamente aplicado a la producción de la bomba H—, la Humanidad se encontrará recorriendo una *nueva* etapa de esta era atómica, distinta, por el enorme volumen de energía liberada por la fisión termonuclear, por lo económico del precio de costo de esta energía, por la eliminación de los daños que causa la radiactividad.

No soy un técnico, y pido, por lo tanto, perdón por estas precisiones, que se encuentran por encima de mi competencia. Solamente pretendo citar algunos de los ejemplos más actuales, sobre la importancia de los descu-

brimientos científicos para el progreso humano, en cuanto instrumento de satisfacción progresiva de las necesidades. Deseo únicamente señalar ejemplos acerca del valor práctico del conocimiento, que siempre se intenta llevar más adelante.

2. El estudio de la Naturaleza ha colocado, además, al hombre en condiciones de ampliar cada vez más sus propios conceptos; de comprender, en relación con ellos, el puesto que él ocupa en la tierra; de profundizar en el género de relaciones que cada hombre debe mantener con sus propios semejantes. Gracias a la investigación científica, los conceptos de espacio, tiempo, presencia, existencia se están haciendo más evidentes. Se ha comprobado que en ningún caso estos conceptos pueden ser considerados como abstracciones. Se ha eliminado —tanto en el estudio de los fenómenos del mundo físico como en el de los fenómenos del mundo humano— la antítesis entre sujeto y objeto, entre el observador y la cosa observada. El que observa aprende. Una vez que ha aprendido, tiende a hacer modificaciones. Por ello procura no quedarse fuera, no permanecer en antítesis con la Naturaleza. De esta manera, la analogía entre el mundo de la Naturaleza y el mundo de los seres humanos se hace más inmediata.

Por ejemplo, comprobada la posibilidad de transformar la materia en energía, he aquí que la materia pierde su pretendido carácter de subordinación al espíritu, en cuanto puede ser concebida como el recorrido llevado a cabo por una cadena de procesos, que repiten muchísimas veces un cierto tipo de comportamiento.

No resulta así más fácil trazar la diferencia entre un átomo o una molécula, en los que se repiten toda una serie determinada de movimientos electrónicos, y pongamos también el caso de una comunidad humana, en la que —como consecuencia de leyes y costumbres— se repite —y por esto mismo se confiere a generaciones futuras de ciudadanos— una característica nacional.

Por ejemplo, a medida que se desarrolla nuestro conocimiento sobre el planeta, se averiguan sus dimensiones, se descubren sus disponibilidades naturales y se tiende a hacer resaltar la responsabilidad de cada uno de los seres vivientes a la hora de valorar estos bienes en beneficio de todos; de los propios hijos y de todos los demás. Haciendo un rápido resumen, éstos son los aspectos concretos del valor práctico de la ciencia de la Naturaleza, cuyo progreso queda confiado, hoy en día más que antes, a las Universidades, que están llamadas a asumir la función de antena, de vanguardia, de impulso en el descubrimiento de la verdad.

3. Sin embargo, el progreso técnico genera fuerzas que el hombre no siempre logra retener bajo su dominio. No se trata de fuerzas físicas en materia de combustibles, minerales, electricidad, energía nuclear. Se trata de impulsos del alma: deseos de poder, ambiciones, esperanzas más o menos justificadas, mejoras, temores, desconfianza con respecto al comportamiento de quien posee en una medida mucho mayor que aquella en que poseen otros. Se trata de impulsos del alma que el progreso técnico tiende a exaltar más que a doblegar.

Porque, por lo general, el hombre que hace un descubrimiento tiende a enorgullecerse y a pasar por alto la existencia de sus propios semejantes. Consecuencia de estos estados de ánimo es que la aplicación de un descubrimiento se concreta en una serie de decisiones, que frecuentemente están motivadas por el egoísmo o por criterios en los que cualquier elemento de responsabilidad acaba por ser extraño a cuantos aplican un descubrimiento científico.

La difusión del automóvil en relación con los problemas de circulación; la difusión del cine, de la radio, de la televisión en relación con los problemas de educación a que han dado lugar han aparecido como resultado de las decisiones de aquellos que ni siquiera acertaron a sospechar los enormes problemas de circulación, educación moral, a los que la aplicación del descubrimiento habría dado lugar.

Además, los descubrimientos científicos tienen tendencia, por un lado, a aislar al hombre de sus propios semejantes. A medida que aumenta la necesidad de contactos inmediatos con un número cada vez más amplio de individuos, los montajes mecánicos contruídos al efecto —teléfono, telégrafo, dictáfono, televisión— tienden, ciertamente, a poner a cada individuo en fácil comunicación con todos los demás; pero, en definitiva, le distancian de sus semejantes. Por otro lado, los descubrimientos científicos más recientes tienden a favorecer la concentración de poder en un número de individuos que cada vez es menor. Es un poder que se declara dedicado a mejorar el nivel de vida de la masa; pero que, en realidad, acaba sacrificando la personalidad del individuo.

De aquí el desequilibrio entre el desarrollo de las ciencias aplicadas al estudio de la Naturaleza y el desarrollo de las disciplinas que se refieren al hombre. De aquí también la necesidad de que la utilización de los descubrimientos científicos vaya acompañada de un sentimiento extremadamente elevado de responsabilidad con respecto a los demás; de una capacidad cada vez más aguda para precisar las consecuencias, próximas y remotas, de un invento técnico; de una consideración cada vez más amplia de las repercusiones que algunos de los descubrimientos van a tener sobre los componentes de la colectividad, tanto nacional como internacional. De aquí también la

necesidad de que la investigación de los problemas de la Naturaleza se complete cada vez más con la investigación de los problemas acerca del «comportamiento de cuantos viven en colectividad». Las comunicaciones entre los dos órdenes de conocimientos no son suficientes. Lo que sucede es una auténtica y verdadera integración. También es posible que se dé un cierto desarrollo paralelo.

4. Una de las tareas más complejas que aguarda hoy a la Humanidad, acostumbrada al ejercicio del pensamiento, es la síntesis entre actividad del conocimiento y actividad moral. Por desgracia la investigación del comportamiento humano difícilmente llega a promover progresos rápidos, puesto que incluso la mejora ética más modesta exige decenas de años de educación previa. Se impone por esto un llamamiento al Derecho, a la economía, a la Historia, a la literatura, a la poesía, a la creación artística, con objeto de que profundicen en sus propias investigaciones y se pongan en condiciones de trasladar al individuo a un nivel moral más alto.

Esta llamada proviene de las experiencias del mundo de las naciones, de la idea que se tiene sobre el modo de reaccionar los seres humanos ante acontecimientos y alicientes determinados, de la interpretación de estas nociones según los principios éticos. Constantemente la conciencia del individuo y la conciencia de un país se ven invitadas a salir a la superficie y a configurar los fines cada vez más precisos del comportamiento humano. Esto es debido a que es sólo en relación con fines bien definidos por una conciencia moral que ha venido madurándose que se conciben aplicaciones adecuadas de los descubrimientos en vista del progreso de la Humanidad entera. Solamente un progreso paralelo a las disciplinas morales y a las disciplinas aplicadas al estudio de la Naturaleza puede constituir una premisa, no tanto de desarrollo, cuanto de aplicación prudente de todos los descubrimientos del progreso científico.

5. Como consecuencia del desarrollo inadecuado de las ciencias humanas en relación con el de las Ciencias Naturales se produce un difuso estado de incertidumbre, de insatisfacción, de inquietud hacia miles de instituciones que nos fueron transmitidas. Los orígenes de este estado de ánimo son remotos. Se afianzan a medida que aumenta la población mundial. Se trata de un aumento que se revela a un ritmo cada vez más intenso, precisamente donde las condiciones de vida se manifiestan más duras.

El aumento de la población hace indispensables una disciplina cada vez más rigurosa de la vida colectiva y una dirección adecuada. El mundo moderno entero tiende hacia una regulación cada vez más severa de la vida de decenas —a menudo de centenas— de millones de hombres, constituidos

«en Estado, dentro de un mismo confín político. Ahora bien —parece lícito preguntarse—: Esta dirección, cuya necesidad cada día se advierte más, ¿acabará por aniquilar al individuo? Este es, a mi entender, el problema predominante en nuestra época. Problema del que todavía son pocos los que se dan cuenta, y cuya solución se prevé será perjudicial para la solución del problema de la paz.

El aumento de población nos permite asistir a una lenta desaparición de la así llamada «civilización de *élite*», y aquí y allí, en algunos de los países más avanzados, a la aparición de una «civilización de masas». Una civilización que está llamada a resolver los problemas que la vida de la totalidad de centenares de millones de individuos plantea en el ámbito de cada país. Una civilización llamada a afrontar soluciones que obviamente se presentan distintas de aquellas que podían darse en una «civilización de *élite*», cuya ausencia constituiría, a su vez, el resultado de siglos de preparación, de pensamiento, de experiencia.

Es menester reconocer un hecho positivo. Algunos países han afrontado y resuelto ya muchos de los problemas impuestos por la necesidad de organizar como Estado a masas enormes de seres humanos. Y con estas soluciones estos países han conseguido resultados de gran relieve. Si tomamos como ejemplo a los Estados Unidos de América, vemos que éstos han llegado a ofrecer a cada componente de las enormes masas de población el más alto nivel de vida —el más alto que la historia de la raza humana haya jamás registrado— y —circunstancia aún más inusitada en la historia de la civilización humana— a cada componente de estas enormes colectividades le ha sido dado el más alto grado de libertad, tanto moral como civil. Dos resultados cuya importancia resulta muy difícil medir. En otras palabras —contrariamente a cuanto había vaticinado Marx—, en el esquema del sistema americano, el capital y el poder económico se han concentrado dentro de los grandes complejos societarios; pero la riqueza y la propiedad no han seguido el mismo movimiento de concentración. Al contrario, la riqueza ha estado siempre más difusamente representada por las cuotas del capital accionista de las diversas Sociedades y por las cuotas pagadas por cada individuo a los fondos del Seguro de Vejez, o a Compañías de seguros, o a instituciones análogas. La riqueza resulta distribuída cada vez más ampliamente entre dieciocho o veinte millones de accionistas y muchos millones de beneficiarios de diferentes instituciones.

El resultado de este fraccionamiento de la riqueza que aumenta es que el «proletariado» ha ido desapareciendo cada vez más. Hoy no representa más que una proporción irrelevante de la población. Casi un 1,80 por 100 de los americanos están obligados a formar parte de la «clase media», en la cual el «proletariado» ha sido progresivamente absorbido. La clase media

está en condiciones tales que puede esperar que su renta aumente un tercio cada dieciocho años. El restante 20 por 100 de los americanos, menos del 10 por 100, pueden considerarse como «pobres». Sin embargo, a esta fracción se la abastece de tal forma que ningún americano debe temer el padecer hambre. La República económica americana aspira también a hacer desaparecer este 10 por 100. A juzgar por la experiencia, esto debería alcanzarse a lo largo de la próxima generación.

Marx había formulado otra predicción. Sostenía la idea de que un país capitalista acabaría fatalmente por transformarse en «imperialista». En los Estados Unidos ha ocurrido exactamente todo lo contrario. La creciente distribución de la renta y de la riqueza nacional entre millones de accionistas ha motivado una constante expansión de los mercados masivos en el interior del país. Gusta a los expertos económicos americanos vender a mercados extranjeros, por lo menos hasta un cierto punto; pero no tienen necesidad. No están interesados en establecer un poderío imperialista, pongamos por caso, sobre los mercados de los países subdesarrollados. Tampoco tienen interés en intentar un sistema colonial basado en mercados de este tipo. Su comercio exterior apenas representa un tercio de la riqueza del mundo.

Una tercera previsión de Marx era que la creciente concentración de la riqueza en manos de un número cada vez menor de hombres habría llevado a crisis periódicas de intensidad creciente. Y, a su vez, las crisis habrían provocado la quiebra del sistema capitalista. A partir de 1933, el Gobierno de los Estados Unidos controla el sistema monetario y crediticio, y ha adoptado medidas capaces de influir sobre las crisis periódicas. Durante los últimos cinco lustros, los Estados Unidos no han sufrido ninguna crisis grave. Los fenómenos se han limitado a «disminuciones» moderadas: han sido reducidos a proporciones enteramente controlables. Ha contribuido a ello, en primer lugar, la separación entre riqueza y poder. Pero también el hecho de que el Gobierno de los Estados Unidos se coloque por encima del poderío económico de los grandes complejos societarios, de la riqueza de los individuos, de los mecanismos económicos privados. El Gobierno de los Estados Unidos pudo contribuir, y ha contribuido, a la más justa distribución de la riqueza, como demuestra la compacta mejoría de la masa. Pudo modificar, y ha modificado, el mercado del país, en el sector de los transportes, de las comunicaciones, del suministro de energía eléctrica y de otras formas de energía, de la agricultura, donde el Estado se ocupa de la estabilidad de los precios en los productos; en el sector laboral, donde los salarios se establecen mediante contratos negociados entre los que ofrecen trabajo y los Sindicatos. En la otra mitad, sobre poco más o menos, del sistema económico americano, el mercado permanece «libre» y esta libertad viene preservada y protegida por el Gobierno federal. Así que, en definitiva, el control de la economía ameri-

cana es detentado por un Estado fuerte, puesto que representa a la opinión y a la voluntad del pueblo.

6. A estas formas de concebir la «civilización de masas», en las cuales se concreta y afirma una verdadera democracia, se contraponen concepciones que exigen en cambio una «organización» más o menos totalitaria de la masa. Organización de la masa con fines políticos, que debe confiarse a soluciones diferentes de aquellas que podían presentarse en la «civilización de élite». La consecuencia de estas desviaciones es un alto grado de «despersonalización» de la vida del conjunto; una cierta tendencia a actuar mecánicamente; la preferencia por una cierta clase de «automatismo», incluso entre las relaciones entre los componentes de una colectividad; de vez en cuando la tendencia a una obstinada e ingrata brutalidad, que tiene tendencia a extenderse también al campo de las profesiones, las cuales permanecen, por lo general, confiadas a la variabilidad de los sentimientos, confianza del individuo hacia sus propios semejantes.

Humildemente debo confesar que no me encuentro en condiciones de apreciar cierta estabilidad moral en una organización de vida colectiva que, por ejemplo, tenga en cuenta, por un lado, a los médicos, y de otro a los pacientes, como simples números cuyas combinaciones obedezcan a un mecanismo que destruye cada posibilidad de preferencia en el ánimo del paciente. No me hallo en situación de dar crédito a obligaciones que suprimen una relación afectiva entre los miembros de una colectividad. La regla que impera en todo complejo mecánico es que el número nunca podrá sustituir a los sentimientos de los hombres. Ya vimos, en el campo político, cómo el voto manifestado por los individuos —a través de sistemas que cada vez se hacen más herméticos para la mayoría de los ciudadanos— viene condicionado por una determinada individualización de las personas hacia las que el voto desearía dirigirse; por la normal expectación ante algunas de las cualidades personales de los candidatos. Intentemos, al menos en otros campos, no suprimir —por muy irracional, por muy desesperado y, sin embargo, siempre humano, que pueda parecer— el impulso del individuo que desea comunicar con los demás, por la simple razón de que los otros le inspiran confianza, de que los demás le alivian de graves preocupaciones. No suprimamos el refugio del sentimiento que es básico para nuestra vida de contactos humanos.

7. El segundo punto que, a mi juicio, cabe destacar con objeto de organizar la masa, es que existen valores humanos y sociales que han sufrido la crítica de múltiples generaciones. Estos valores se llaman individuo, familia, lugar de origen, comprensión para con las necesidades de los demás. Tan sólo una reafirmación continua de estos valores permite llegar a nociones de solida-

ridad internacional y humana. La solidaridad comienza por los miembros de una misma familia, de una misma región, de un mismo país, y sólo después se amplía hasta llegar a comprender a todos los componentes de una comunidad internacional. Expansión gradual —tal vez incluso inadvertida— que todavía no permite soluciones de continuidad, porque corresponde a una estratificación insuprimible de los sentimientos humanos. Sería vano pretender que, de golpe, todos los miembros de una colectividad se adhiriesen a un concepto de solidaridad internacional, sin pasar —quise decir experimentalmente— por los estadios de individuo, familia, tierra de nacimiento, país de cuantos viven conforme a una determinada tradición. Todos son valores que no se pueden suprimir en la vida de los pueblos, si es que la vida de los pueblos tiene que alimentarse con la insuprimible fuerza del sentimiento humano. Preparados a través de siglos de lucha y de conquista, estos valores no pueden ser omitidos sin que su eliminación implique un gran retroceso para la colectividad.

8. ¿Cómo pueden protegerse estos valores en la vida de hoy día? ¿Son suficientes los descubrimientos científicos para protegerlos? ¿O, al lado de los descubrimientos científicos se pone de manifiesto la necesidad de una poderosa, fina, y profunda obra de elevación espiritual o moral? Creo que hasta cuando se llega a tener conciencia clara de las conquistas echadas a perder por los individuos con tal de asegurar el desarrollo de su propia personalidad; incluso cuando se continúa teniendo en cuenta la libertad —limitada y garantizada por la Ley— como el mejor medio para satisfacer la gama de las necesidades humanas, la tutela de la persona, del individuo, podrá confiarse a una sólida estructura moral que, bien sea la instrucción, o la educación, pueden predisponer con solicitud escrupulosa, y crecer continuamente. Pero —apenas habían terminado de afianzarse a través de los siglos los valores morales y los ideales de una vida civil, que ya empezaron a mostrar señales de decadencia por falta de orientación, de cultura, de conocimiento del poder del individuo, en las realidades sociales indispensables y cualquier precedente concepción del Estado— el hombre se condenaría a ser esclavo del duro yugo que las estructuras modernas le imponen. El hombre tendería a transformarse en una partícula insignificante de la masa humana, envilecido por su renuncia a los valores morales. Se condenaría en cuerpo y alma.

Por consiguiente, aguarda a la instrucción, a la educación y a una cada vez más amplia comprensión para con la conducta de los demás, la tarea de alejar esta amenaza de decadencia; la tarea de encontrar una pauta en la luz que emana del conocimiento, conocimiento de la naturaleza no menos que conocimiento —quizá aún más difícil— del ser humano; un conocimiento que

las mentes más diversas y conspicuas de un país pueden libremente comprobar y difundir.

Si aumenta la población, si crece la necesidad de una disciplina dentro de los confines de grandes Estados, la salvaguarda de la persona humana puede tan sólo reconocerse en un desarrollo de la conciencia moral, la cual está, en definitiva, llamada a decidir el destino de los más maravillosos descubrimientos que tienen lugar en el campo de la naturaleza. La civilización de un pueblo no puede identificarse solamente con los descubrimientos científicos. Si así fuese, sería una posibilidad a menudo factible, el que cada pueblo pudiera ser tachado de civilizado. Sin duda alguna, los descubrimientos científicos constituyen una parte —y tal vez importante— de la civilización de un pueblo. Pero la ausencia de una civilización se deja entrever tan sólo en un conjunto de principios morales que se han venido filtrando a través de siglos de historia, y que son capaces de guiar tanto el comportamiento de los individuos como el de la civilización.

9. El tercer punto, que yo creo se debe señalar en la creación de un ambiente apropiado, se concreta en una esperanza. Los diferentes tipos de instrucción, las diversas formas de educación, tanto individual como colectiva, los distintos ejercicios prácticos en relación con las diferentes profesiones, desde las más elevadas a las más humildes, crean de hecho especialistas preparados y profundos conocedores de los deberes que les incumben. Las conferencias científicas, las reuniones de hombres versados en determinadas disciplinas hacen que se reúnan resultados de investigaciones; contribuyen así a mejorar y a refinar cada forma de preparación técnica y profesional. Pero no se perdona una innovación de criterios que alteren la naturaleza misma de las profesiones y de las actividades, las cuales descansan sobre los informes de las profesiones y de las actividades. Pero todavía se perdona menos la necesidad patente de poner a un lado al sentimiento y a las normas morales, para hacer sitio a una «creciente democratización, y con palabras aún más en boga, a una «creciente socialización» de la vida colectiva.

Muy pertinentemente Tomás Jefferson decía que la democracia no es un sólido igualitarismo o mecanismo. Es, sobre todo, decía él, una jerarquía de valores espirituales, y como tal, la democracia puede ser defendida, precisamente, con el fin de que pueda, a su vez, defender la vida del conjunto de un país y de la misma comunidad internacional.

Mi experiencia es que la lenta desaparición de la «civilización de élite» para dar paso a la «civilización de masas» tiene que evitar la abolición de los valores sociales y humanos. Y —puesto que es necesario reconocer que la idea de la paz no es una inclinación del instinto del individuo, ni de la actuación de las masas, especialmente, cuando estas masas adquieren concien-

cia de su propia fuerza de choque— es menester multiplicar y difundir la instrucción y la educación, en el paso de una «civilización de élite» a una «civilización de masas». Y una vez que se ha creado un desequilibrio a favor de la técnica, volver con perseverancia al desarrollo de las disciplinas humanísticas.

Sobre el binomio técnica-humanismo, llamados ambos a adaptarse formando una síntesis armoniosa, encontramos en nuestra vida de diario dos conceptos de democracia perfectamente opuestos, y entre los cuales debemos de elegir. Uno está fundado en la soberanía de la persona humana. El otro está basado en la ya mencionada soberanía popular. Uno se encuentra por encima de la voluntad de las Asambleas deliberantes, y reconoce los derechos del hombre y del ciudadano, que limitan los poderes del legislador y se impregnan de humanismo. El otro reconoce sólo la soberanía de las Asambleas elegidas y no da valor al Derecho natural, a los valores humanos y sociales, a las normas del bien común. El primero admite la legitimidad de la oposición, como el único medio para defender la libertad individual contra la tendencia del Estado a hacerse omnipotente. El segundo considera la oposición como facciosa y la tacha de antidemocrática. El primero protege al individuo y a la colectividad —la familia— del arbitrio del poder central. La democracia popular favorece la usurpación del Poder por parte de una oligarquía o de un dictador, que oprime al pueblo, precisamente, en nombre de la soberanía popular. E históricamente desemboca en la tiranía de las ciudades griegas, en los señoríos de las Comunidades italianas, en el bonapartismo, hoy gaullismo, en Francia, en los «pronunciamientos» de los Estados sudamericanos, en el socialismo dictatorial del siglo XX.

Por desgracia, nuestro país está dirigiéndose a través de este segundo camino. ¿Permitiremos que continúe?

El así llamado sistema representativo presenta una curiosa concepción del fenómeno electoral. Los electores no tienen la posibilidad de elegir a los candidatos; la elección se hace a través de la burocracia de los partidos. Los electores tampoco tienen la posibilidad de elegir a los partidos, porque se la quitan los «parentescos», claros u ocultos, entre los mismos partidos. En el sistema así llamado representativo, el elector se transforma en un soberano destronado y burlado. Y toda la acción política se desarrolla en clave de ideología.

Escribía Benjamín Constant que es característica de la Dictadura llamar libertad a todo aquello que el resto del mundo llama despotismo. Y, bajo la falsa apariencia de un cambio de nombre, las Dictaduras actúan exactamente al contrario de lo que ellas proclaman que pretenden.

Veamos, por ejemplo: Hoy Italia está dominada por fuerzas que no responden a nada. Por una parte, los Sindicatos pueden, en cualquier mo-

mento, hacer chantaje al Estado y al país, sin encontrar resistencia y sin estar obligados a responder ante ningún Poder constituido, permaneciendo como simples asociaciones de hecho. Por otra parte, los jefes de los partidos, si se ponen de acuerdo, traen de cabeza al Jefe del Estado, al Parlamento, al Gobierno, al país, y ellos ni siquiera responden a un Poder constituido.

El proclamado sistema representativo existe sólo en apariencia. La acción política está cada vez más dominada por ideologías. No se buscan soluciones a los problemas que sean conformes a los intereses de todos los ciudadanos. Se buscan soluciones que sean conformes a determinadas ideologías. No se revisan las formas de arriendo en la agricultura, en un intento de incrementar la producción y permitir, en su momento, el beneficio de productores y consumidores. Se revisan algunas formas de arriendo para evitar que los productores obtengan beneficios; para obligarles a vender por debajo del precio de coste; para procurar beneficios a una determinada clase. Muy fríamente se va así liquidando a la aparcería.

No se intenta solucionar el problema de la vivienda a todos los italianos, con una política estatal de oferta gradual de viviendas, a la que concurren —en competencia ineludible— también los particulares, con la finalidad de afrontar un problema fundamental para la vida de cada ciudadano. Se intenta solucionar el problema de la vivienda siguiendo una ideología de expropiación general, de exclusión de los particulares, de supresión de la propiedad privada, de subversión de las instituciones fundamentales, de los arbitrios atribuidos a las autoridades locales, mucho más fácilmente dominables por los diversos partidos.

No se busca solución a una oportuna descentralización administrativa, mediante una cuidada revisión de las funciones de las autoridades centrales y locales. Se proclama la absoluta necesidad de la «región» para debilitar (fraccionándola) la autoridad del Estado. Todo en función de una ideología que se propaga, no por su propia fuerza incoercible, ya que desde hace siglos las experiencias existen y son desastrosas en todos los países, sino por un simple cálculo de mayorías parlamentarias, por un lado, y por otro, por pereza, abandono, absentismo de las otras clases sociales.

10. Una vez llegados a este punto, el problema no es ya económico, tampoco político: es un problema más bien moral. Es un problema de conocimiento y de conciencia, en relación con los propios hijos. Nuestra incertidumbre, nuestra inquietud, nuestro descontento, nuestra tendencia al pesimismo y a adherirnos a una carencia total de valores morales y humanos, y a un progresivo sometimiento del hombre a la técnica y a la organización de la masa. El hecho de que el comunismo exista no es del todo debido a que existen estómagos que se encuentran vacíos. Es en su mayor parte debido al

vacío de espíritu, que poco a poco va siendo conquistado por las así llamadas religiones sociales, a falta de una que sea auténticamente cristiana, y a falta de una sólida estructura moral.

Pero yo no desespero del todo. Tengo mucha confianza en la mujer, depositaria del más sólido sentido de la familia. Si cada uno de nosotros se resistiese firmemente, desde su propio puesto —y no es necesario hacer heroicidades para ello—; si a los proyectos que emanan de las instituciones del Estado se contrapusieran propuestas meditadas y oportunas para mejorar la situación existente, y que de veras fuesen en beneficio de las clases menos pudientes —que ciertamente no son las preferidas, desde hace medio siglo de sangrientas experiencias por parte de los regímenes totalitarios, cuyo ocaso puede ser desconocido solamente por aquellos que se encuentran dominados por las malas pasiones—; si al doble o triple juego cotidiano para congraciarse con el posible jefe de mañana, cada italiano procurase sustituirlo por una Dictadura de conducta que se cuide de defender sus intereses en un futuro no lejano; pues bien, quizá el milagro italiano pueda volver a brillar bajo el cielo de esta patria, en cuyo destino aún cree quien esto escribe: cree con ayuda de la religión. Y el milagro podrá volver a cumplirse en nombre de nuestra mejor tradición de humanismo, que no puede perderse porque ha guiado a nuestros abuelos y a nuestros padres por un camino ascendente que se llama Italia.

GIUSEPPE UGO PAPI

## R É S U M É

*L'étude de la nature, dans l'âge atomique a mis l'homme à même d'élargir ses propres concepts, en comprenant la place qu'il occupe dans ce monde et en poussant dans l'étude des rapports à établir avec ses semblables. Le progrès technique, toutefois, va enfanter des forces que l'homme ne parviendra pas toujours à maîtriser; non pas des forces physiques, mais des élans de l'âme que le progrès technique tend à exalter et non à dominer. Les découvertes scientifiques, au surplus, mènent l'homme à s'isoler de ses semblables tout en favorisant la concentration du pouvoir dans les mains d'un petit nombre d'individus. Il en découle un déséquilibre entre le développement des sciences appliquées, à l'étude de la nature et celui des sciences qui se rapportent à l'homme. Seul un progrès parallèle de ces sciences pourrait nous fournir, une prémisses, non de développement, mais d'application prudente de toutes les découvertes dues au progrès scientifique.*

*L'augmentation de la population rend indispensable la discipline rigoureuse de la vie collective et une direction appropriée. Certains pays ont déjà*

*résolu maints problèmes imposés par le besoin d'organiser en Etats d'énormes masses. En organisant ces masses, on ne aurait négliger certaines valeurs humaines et sociales, dont la réaffirmation continuelle permet d'en arriver à des notions de solidarité internationale et humaine. En présence d'un déséquilibre penchant du côté de la technique, il faut revenir au développement des disciplines humaines. Le problème, en dernière analyse, n'est plus économique, voire politique, il est devenu moral.*

## S U M M A R Y

*The survey of nature in this "atomic" era has placed man in a condition to amplify his own concepts, fully aware of the position he occupies on earth and going more deeply into the type of relations that he should maintain with his fellow humans. However technical progress generates forces that man is not always able to retain under his control; not physical forces, but impulses of the soul, which technical progress tends to exalt rather than to dominate. Also, scientific discoveries have tendencies, on the one hand, to isolate man from his fellows, and on the other, to favour the concentration of power on a small number of individuals. Here arises the imbalance between the development of sciences applied to the study of nature, and that of the disciplines referred to man. Only a parallel progress of both can constitute a premise, not so much of development, but of a prudent application of fall the discoveries of scientific progress.*

*The increase of the population makes indispensable a rigorous discipline of collective life and adequate control. Some countries have solved many of the problems imposed by the necessity to organize enormous masses as a State. On organizing the masses, certain human and social values should not be done away with, and whose continual reaffirmation makes way for international and human solidarity. Once there is an imbalance in favour of technique, one must go back to developing humanistic disciplines. In fact, the problem is no longer economical or political, it is a moral problem.*

